

## LA CUEVA DE HERCULES (\*)

Por JOSE ANTONIO GARCIA-DIEGO

Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos

*Los restos del depósito terminal del abastecimiento romano de aguas a Toledo se identificaron, siglos después, con la Cueva de Hércules, donde tienen lugar los episodios de un mito según el cual es la fatalidad causa de la ocupación de la Península por los musulmanes. La razón, su apertura por el rey Rodrigo, sin respetar, como sus antepasados, el tabú a ella unido.*

*En la primera parte del artículo se relata —en forma desde luego no exhaustiva— el desarrollo del mito en el tiempo y se resumen descripciones antiguas de la obra. En la segunda se describe lo que queda visible de ella (ya que posiblemente parte está hoy enterrada). Esta es la única aportación nueva, ya que la estructura, propiedad particular, no había hasta ahora podido ser estudiada de forma relativamente exacta, contentándose los investigadores con copiar sucesivamente versiones incompletas.*

Si se pide a un europeo que defina algo, su definición siempre se aleja de las cosas simples que conoce perfectamente bien; y retrocede a una región desconocida de abstracciones progresivamente remotas. Ezra Pound (1).

Es falso el dividir los actos humanos en "arte", "ciencia" o "tecnología"; ya que hay algo del científico en el artista; y de ambos en el ingeniero. Y el mismo sentido de estos términos varía con el tiempo, de tal modo que es posible que el análisis degenera en semántica. Un hombre puede actuar con el deseo principal de promover cosas útiles, mientras otro busca la comprensión intelectual o la experiencia estética. El estudio de la acción recíproca entre estas actitudes no es sólo interesante, sino también necesario para poder sugerir rutas de sa-

lida para nuestra presente confusión social. Cyril Stanley Smith (2).

### Introducción.

Una de las más famosas leyendas de la ciudad de Toledo —que abunda en ellas— está conectada con una obra de ingeniería (3).

La leyenda, oscura y múltiple, debe tener un núcleo indefinible, sobre el que se entrecruzan variantes y ramificaciones, a veces muy alejadas del primitivo contexto. Y como para equilibrar las dos posibles direcciones de investigación, la obra o mejor dicho sus restos, han sido también a lo largo del tiempo distintamente interpretados; y, aunque se ha llegado a una hipótesis extremadamente probable, siguen

(\*) Se admiten comentarios sobre el presente artículo, que pueden remitirse a la Redacción de esta Revista hasta el 31 de enero de 1975.

(1) Refiriéndose a un ensayo de Ernest Fenollosa, *ABC of reading*, New Directions Paperback, No. 89, pp: 19-22, New York, 1960.

(2) *Art, Technology and Science: Notes on their Historical Interaction*. Technology and Culture, Volume II, No. 4, octubre 1970.

(3) Otra, quizá menos compleja, es la del estribo de puente hoy conocido con el nombre de Baño de la Cava.

existiendo problemas, que sólo podrían resolver —y no sé si del todo— un programa de excavaciones.

He creído que estos dos laberintos interconectados —cueva legendaria y subterráneo real— merecían cierta atención, aunque sólo fuera como pequeña aportación a uno de los campos de estudio hoy considerados, fuera de España, como interesantes; la interacción entre la tecnología y la cultura.

### La leyenda.

La primera versión que conozco aparece en la Crónica de España de Rodrigo Jiménez de Rada (1175?-1247); Arzobispo de Toledo y, por tanto, hombre que escribe sobre algo que le es, al menos en el espacio, cercano.

Dice así la traducción castellana que hizo Hinojosa, Obispo de Burgos, a principios del siglo XIV.

#### DE COMO EL REY RODRIGO ABRIÓ EL PALACIO EN TOLEDO, E DESCUBRIÓ EL PAÑO

*E en esta cibdat de Toledo avia entonces un palacio que estudiera siempre cerrado del tiempo de muchos reyes pasados, e tenia muchas cerraduras e era en el alcázar. E el rey Rodrigo fizolo abrir, cuydando que estava en él algund averio guardado; mas cuando lo abrieron non fallaron en él nenguna cosa, sy non un arca muy bien cerrada. E el rey Rodrigo mandola abrir, e non fallaron en ella sy non un paño en que estavan escritas letras latinas, e decian asy: Quando estas cerraduras fueren quebrantadas, e el arca, e el palacio fueren abiertos, e lo que y yaze fuere visto, gente de tal manera como en este paño están pyntadas, entrarán en España, e la conquistarán, e serán dende señores. E el rey Rodrigo quando aquello vió, pesóle mucho porque fiziera el palacio abrir, e fizo cerrar el palacio, e el arca, asy como estava primero, e en aquel paño estavan pinturas omes de caras, e de parescer, e de vestido, asy como agora andan los alárabes e tenian sus cabeças cubiertas de tocas e estavan cavalleros en cavallos, e los vestidos dellos eran de muchas colores, e tenian en las manos espadas, e ballestas, e señas alçadas, e el color e las figuras dellos eran de muchas guisas, e eran espantosa gente*

*de rostros e de cataduras. E el rey e los altos omes, fueron muchos espantados por aquellas pynturas que vieron en aquel paño (4).*

Sigue en el tiempo a este relato el de la Crónica General (5), cuya fecha mínima ha sido establecida por Menéndez Pidal, en 1270. Alfonso X y su *staff* no introducen casi variantes: suprimen sólo la referencia al Alcázar, pues sería demasiado fácil comprobar su falsedad; y aunque conservan el paño, no están ya en él las figuras proféticas, sino sólo "en el palacio". Sin decir en qué parte de él (lógicamente en las paredes); corrección esta que estiliza y poetiza el relato y será, más o menos alambicada, la que prevalezca.

Juan de Mariana, cuya Historia General de España se publicó por primera vez en 1591, casi repite lo anterior. Pero poniendo al final: *Algunos tienen todo esto por fábula, por invención y patraña; nos ni la aprobamos por verdadera ni la desechamos como falsa: el lector podrá juzgar libremente, y seguir lo que pareciere probable. No pareció pasarla en silencio por los muchos y muy graves autores que la relatan, bien que no todos de una manera.*

Pero en la edición que yo tengo, impresa en plena Ilustración (1785), después de *Algunos tienen todo esto por fábula*, los editores ponen en nota, *nosotros también cuanto refiere Mariana en este capítulo (6)*. Estos hombres ven ya de otro modo la Historia de España; desgraciadamente esta evolución duró poco.

Pasemos ya al siglo XVII y encontramos una variante de cierto interés; el palacio se convierte en cueva. Pero, según dice mucho más tarde J. M. Quadrado: *...todo lo concilian los más diligentes, prestando a la cueva una fachada de torre, y fingiendo obras y apartamientos interiores en lo profundo del subterráneo (7)*. Este autor copia también un romance, segura-

(4) Marqués de la Fuensanta del Valle, "Colección de documentos inéditos para la historia de España. Crónica de España del arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada", capítulo CLXXXI, p. 192, Madrid, 1893.

(5) "Primera crónica general de España. Que mando componer Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289". Publicada por Ramón Menéndez Pidal, editorial Gredos, tomo I, capítulo 553, Madrid, 1955.

(6) Tomo III, p. 380. (A partir de esta cita hemos modernizado la ortografía; no así la puntuación, salvo que afecte al sentido.)

(7) J. M. Quadrado y V. de la Fuente: "España. Sus monumentos y sus artes. Castilla la Nueva", vol. III, páginas 312-313, 1886.

mente antiguo, en el que el palacio-cueva es, finalmente, destruido:

*Don Rodrigo pavoroso  
Non curó de mas mirare.  
Vino un aguila del cielo,  
La casa fuera a quemare.*

Y ahora además, la cueva está conectada con el origen de Toledo. Hay que recordar que estos escritores del XVII vivieron una época de decadencia de los estudios históricos, en parte debida a la influencia de los Falsos Cronicones.

Con lo que, como podía esperarse, la fundación de la ciudad no está nada clara, como indican las extrañas hipótesis que siguen:

1. La fundó el rey Pirro, casado con Iberia, hija del rey Hispán. Como los reyes al parecer abundaban entonces bastante, estaba ya allí el rey Rocas, que huyendo de Troya *llegó a los cerros toledanos, halló una cueva, y en ella un dragón, (de) quien tuvo mucho miedo, acaricióle; y el dragón no sólo no le hizo mal, pero traíale de comer, de lo que cazaba en los montes todo el tiempo que allí estuvo.* Y pasados algunos días, llegó el rey Tartus (uno más) a esta cueva en seguimiento de un oso, desde las sierras de Avila, y halló a Rocas acariciando estos dos fieros animales; y maravillado del caso, quiso tirarle: Rocas le habló, y dijo quien era, contole su vida y peregrinación.

2. Fueron los griegos o mejor dicho un griego Ferecio que porque en Galicia, *tuvo diferencias con Amphilocos, y le mató a puñaladas* huyó y, con algunos amigos, *llegó allí y hallando en la cueva de San Ginés un dragón, le amansó, y dió a entender a los suyos, que Hércules (a quien tenían por Dios) le mandaba venir allí a fundar una insigne ciudad, por haber hallado por su astrología, que por el cielo tan apacible que tenía, signos, y planetas, que en este sitio predominaban, y por la amenidad de las riberas del Tajo, y constelación de la tierra, había de venir a ser una de las insignes ciudades del orbe.*

El dragón y el oso de estas versiones (pre-Walt Disney) son simpáticos.

3. La fundó Hércules Egipcio, rey de España, que fue el que hizo *la cueva tan nombrada en las Historias, que está en la Parroquia de San Ginés; y con su nombre ha permanecido*

*hasta estos tiempos, y juzgan, que en sus principios servía a Hércules de morada: costumbre muy usada en aquellos tiempos, por la altura, aspereza, y fragosidad del sitio, muy a propósito para el intento de los que labraban nuevas poblaciones* (8). Esta opinión se apoya en el testimonio de Rufo Festo Avieno, que también cita en relación con este asunto otro colega del historiador diciendo que es *Autor tan antiguo, que dicen murió el mismo año que San Agustín. De la misma opinión fue el moro Rafis, escritor muy verdadero y acertado* (9). Y que incluso dio algunos datos descriptivos del misterioso subterráneo: *y por muy largos intervalos, y trechos se cava una gran cueva, y se extiende el agua muy larga y una gran muelle de uno como pielago* (10).

Aquí las referencias a Avieno resultan harto extrañas. Pues este es un geógrafo del siglo IV, nacido en Etruria y que nos ha dejado en su "Ora Maritima" (11) una importante descripción del Mediterráneo, tomada en parte de autores muy antiguos y cuya base es un periplo marsellés de hacia el año 520 antes de J. C.; en ella sólo se describen las costas: y desde luego nunca estuvo en Toledo. ¿Qué hace entonces en tan mala compañía? La respuesta es fácil. Se basaron en un Avieno mítico que había aderezado e incluso convertido en natural de ¡Talavera de la Reina! otro de estos extravagantes pseudohistoriadores (12).

4. Y, por último, una especie de síntesis: *que Tubal, primer fundador de España, y de Toledo la labró; si bien Hércules la reedificó, y aumentó mucho, y del tomó el nombre y los Romanos la agrandaron y perfeccionaron del todo.*

Es obvio que el origen de la leyenda es muy anterior a todas las fechas citadas. Incluso uno de los autores barrocos a que nos estamos refiri-

(8) Pedro de Rojas: "Historia de la imperial, nobilísima, inclita y esclarecida ciudad de Toledo...", Madrid, 1654. (Las tres citas corresponden, por su orden, a las páginas 68, 69 y 67.)

(9) Pedro de Salazar y de Mendoza: "Crónica del Gran Cardenal de España, Don Pedro González de Mendoza...", fol. 2, Toledo, 1625.

(10) Rojas: *Op. cit.*, p. 96.

(11) Publicada en un estudio crítico de Schulten. Segunda edición, Barcelona, 1955.

(12) Rufo Festo Avieno: *Opera quae extant, Don Petrus Melian in conventu Guatemalensi Novae Hispaniae Regius auditor collegit ex Bibliotheca D. Laurentii Ramirez del Prado. Matriti, Ex. offic. Franc. Martinez, 1634.*

riendo después de atribuir la invasión árabe de España a los pecados de sus moradores, lo que no es probable, afirma que no cree en la historia fabulosa por *parecerme este cuento al que refieren Herodoto, Halicarnaseo, y Eliano del rey Dario, descubridor del sepulcro de Delo, que era un arca de vidrio casi llena de aceite, y en la columna la letra, que decía: "Quien abriere esta arca, hinchelá de aceite, o le sucederá mal"; y que se siguió la perdición de su ejército, y el matarle a su hijo* (13). Pero seguramente este precedente no es único.

En un trabajo como este sería pedantesco el seguir investigando por este camino. Ni el estudiar las obvias posibilidades de explicación de este otro "mito de la caverna"; bien siguiendo a Freud como sueño que es realización de un deseo, o a Jung como expresión del alma inconsciente colectiva.

Hagamos sólo notar, a nivel más vulgar, que la clase dominante española ha fabricado a lo largo del tiempo muchísimos mitos en los que siempre los males que aquejan al país resultan no de su incompetencia, sino de factores externos y algo misteriosos; la época actual no constituye, ni mucho menos, excepción.

En resumen, es muy difícil dar una opinión racional sobre todas estas fantasmagorías; sin embargo, ahí va la mía. No hubo nunca cuevas en Toledo, o eran tan mínimas que no podían servir como soporte adecuado a una leyenda. Pero estos hombres que escriben antes de la Edad de Razón (que, por otra parte, aún no ha traspasado del todo nuestras fronteras), para dar algún apoyo al cuento y encontrando aún menos palacio que cueva, tuvieron que conformarse con un subterráneo que tenía la (relativa) ventaja de ser real. Y en el apartado siguiente veremos cómo trataron de él: como era de esperar, tampoco con mucha exactitud.

Pero antes de dejar la leyenda, creo vale la pena presentar una versión del siglo XX, mucho más bella que todas las otras. Jorge Luis Borges ha agrupado en uno de sus libros una serie de relatos apócrifos que atribuye, con fino humorismo, a autores pretéritos. Nuestra historia, que trata del tiempo y del destino, temas recurrentes en su obra, es natural que le tentase. Es curioso el que enmascare la referencia a Toledo y el que —quizá para acumular dificultades— cuen-

te el cuento visto desde el lado contrario, o sea, el de los árabes.

## LA CAMARA DE LAS ESTATUAS

En los primeros días había en el reino de los andaluces una ciudad en la que residieron sus reyes y que tenía por nombre Lebtit o Ceuta, o Jaén. Había un fuerte castillo en esa ciudad, cuya puerta de dos batientes no era para entrar ni aún para salir, sino para que la tuvieran cerrada. Cada vez que un rey fallecía y otro heredaba su trono altísimo, éste añadía con sus manos una cerradura nueva a la puerta, hasta que fueron veinticuatro las cerraduras, una por cada rey. Entonces acaeció que un hombre malvado, que no era de la casa real, se adueñó del poder, y en lugar de añadir una cerradura quiso que las veinticuatro anteriores fueran abiertas para mirar el contenido de aquel castillo. El visir y los emires le suplicaron que no hiciera tal cosa y le escondieron el llavero de hierro y le dijeron que añadir una cerradura era más fácil que forzar veinticuatro, pero él repetía con astucia maravillosa: "Yo quiero examinar el contenido de este castillo". Entonces le ofrecieron cuantas riquezas podían acumular, en rebaños, en ídolos cristianos, en plata y oro, pero él no quiso desistir y abrió la puerta con su mano derecha (que arderá para siempre). Adentro estaban figurados los árabes en metal y en madera, sobre sus rápidos camellos y potros, con turbantes que ondeaban sobre la espalda y alfanjes suspendidos de talabartes y la derecha lanza en la diestra. Todas esas figuras eran de bulto y proyectaban sombras en el piso, y un ciego las podía reconocer mediante el solo tacto, y las patas delanteras de los caballos no tocaban el suelo y no se caían, como si se hubieran encabritado. Gran espanto causaron en el rey esas primorosas figuras, y aún más el orden y silencio excelente que se observaba en ellas, porque todas miraban a un mismo lado, que era el poniente, y no se oía ni una voz ni un clarín. Eso había en la primera cámara del castillo. En la segunda, estaba la mesa de Solimán, hijo de David —¡sea para los dos la salvación!— tallada en una sola piedra esmeralda, cuyo color, como se sabe, es el verde, y cuyas propiedades escondidas son indescriptibles y auténticas, porque serena las tempestades, mantiene la castidad de su portador, ahuyenta la disenteria y

(13) Salazar: *Op. cit.*, fol. 80-81.

los malos espíritus, decide favorablemente un litigio y es de gran socorro en los partos.

En la tercera hallaron dos libros: uno era negro y enseñaba las virtudes de los metales de los talismanes y de los días, así como la preparación de venenos y contravenenos, otro era blanco y no se pudo descifrar su enseñanza, aunque la escritura era clara. En la cuarta encontraron un mapamundi, donde estaban los reinos, las ciudades, los mares, los castillos y los peligros, cada cual con su nombre verdadero y con su precisa figura.

En la quinta encontraron un espejo de forma circular, obra de Solimán, hijo de David —¡sea para los dos la salvación!—, cuyo precio era mucho, pues estaba hecho de diversos metales, y el que se miraba en su luna veía las caras de sus padres y de sus hijos, desde el primer Adán hasta los que oirán la Trompeta. La sexta estaba llena de elixir, del que bastaba un solo adarme para cambiar tres mil onzas de plata en tres mil onzas de oro. La séptima les pareció vacía y era tan larqa que el más hábil de los arqueros hubiera disparado una flecha desde la puerta sin conseguir clavarla en el fondo. En la pared final vieron grabada una inscripción terrible. El rey la examinó y la comprendió, y decía de esta suerte: "Si alguna mano abre la puerta de este castillo, los guerreros de carne que se parecen a los guerreros de metal de la entrada se adueñarán del reino".

Estas cosas acontecieron el año ochenta y nueve de la hégira. Antes que tocara a su fin, Tarik se apoderó de esa fortaleza y derrotó a ese rey y vendió a sus mujeres y a sus hijos y desoló sus tierras. Así se fueron dilatando los árabes por el reino de Andalucía, con sus higuerras y praderas regadas en las que no se sufre de sed. En cuanto a los tesoros, es fama que Tarik, hijo de Zaid, los remitió al califa su señor, que los guardó en una pirámide (14).

Aunque se trate de una simple coincidencia creo que para acabar este apartado vale la pena recordar que una obra maestra de la literatura se desarrolla, sin interrupción, en un subterráneo toledano; aunque dedicado a otras y más desagradables actividades. Se trata, desde lue-

(14) "Etcétera". Parte del tomo de sus obras completas que lleva el título general "Historia universal de la infamia", Emecé Editores, Buenos Aires, 1954.

go, del maravilloso cuento sobre un pozo y un péndulo, que escribió Poe (15).

## La pseudohistoria.

Resumimos ahora lo que escribieron los historiadores del siglo XVII antes citados, no sobre la leyenda, sino sobre su realidad de lo que llamaban "cueva"; testimonios más o menos verídicos y, aproximadamente, contemporáneos. Estos autores son, fundamentalmente, dos.

El Dr. Salazar de Mendoza escribe en 1625; dignatario eclesiástico, pasó en Toledo gran parte de su vida. Nos localiza ya el subterráneo en la Parroquia de San Ginés, que parece visitó personalmente, pues entreverado con sus relatos fantasmagóricos escribe: *...la compostura de sus arcos y pilares, y las piedras menudas bien labradas, con diferentes órdenes*; aunque también dice *...que la cueva es de rara grandeza*, lo que, como veremos, es más bien dudoso. Después de lo cual se pone a buscar explicaciones de su origen, creo que todas equivocadas. Monumento elevado por Hércules en honor de sí mismo. Vivienda de este héroe y de sus gentes, que según Plinio, habitaban en cuevas. Cloaca; quizá su hipótesis favorita, pero no admisible al tener en cuenta la cota (como después estudiaremos). Catacumba de supuestos cristianos perseguidos. *Lugar en que se recogían los nigrománticos a enseñar sus malas artes mágicas, y a sacrificios de carne humana. De aquí pudo tener principio el llamar a estas supersticiones la arte toledana*. Y, finalmente, centro del que salen galerías por las que huir —o

(15) Dos obras literarias más modestas —seguramente entre otras muchas de las que no tengo noticia— se refieren a este mito.

El famoso teósofo Mario Roso de Luna, en su libro "Del árbol de las Hespérides" (obras completas, volumen XXXI, Pueyo, Madrid, 1923), incluye un cuento, titulado "La venta del alma". En él los judíos han guardado en la Cueva de Hércules el tesoro de los reyes visigodos y, como consecuencia de una intriga amorosa, es necesario sacarlo de allí y enterrarlo en Guarrazar. Se trata, por tanto, de las famosas coronas hoy en el Museo Arqueológico de Madrid; variante ingeniosa y bastante bien escrita.

Eugenio de Olavarría, en sus "Tradiciones de Toledo" (Madrid, 1880), tiene una denominada "El palacio encantado" y otra "La Cueva de Hércules". Especialmente la segunda sufre de un romanticismo exagerado y primario. Pero hay que decir que el libro lleva al final unas notas sobre cada cuento, en las que aparecen varios de los autores citados en nuestro estudio. Hay, por tanto, una base de investigación, utilizada finalmente para producir un libro simplemente comercial; lo que no es pecado y hoy quizá podría servir de ejemplo.

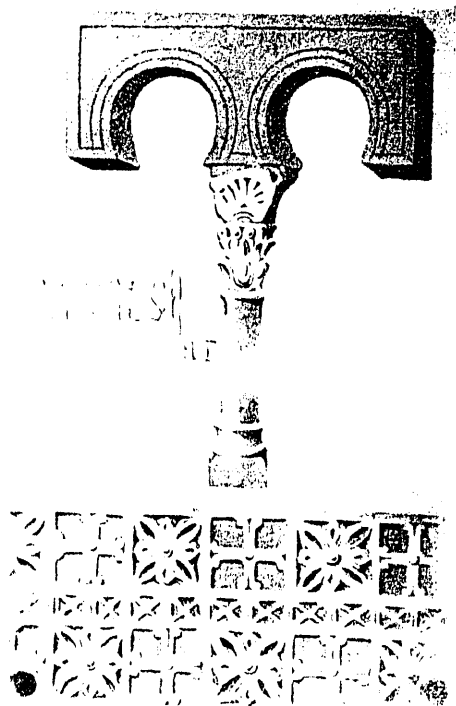


Figura 1.

comunicarse— en caso de sitio. Estas galerías abundan en la Historia —aún más en la pseudohistoria— y también en la literatura (16).

Tenemos, pues, por primera vez un dato exacto, ya que la iglesia de San Ginés existió. La demolieron en 1841 (17), y aunque no he encontrado testimonios gráficos del conjunto del edificio, si los hay parciales. Era, según M. González Sinancas (18) que dibujó el ventanal y el tablero con relieves de la figura 1, un templo-visigodo. Lo que parece fue realmente, pero al menos en lo que se refiere a la "cueva", quiso decir mudéjar, como indican claramente sus referencias a los sistemas constructivos de los musulmanes.

Existen aún algunas piedras con ornamentos geométricos incrustadas en las casas que se edificaron sobre el solar de la parroquia; según me dicen los turistas últimamente, se van llevando las de las fachadas como recuerdo.

(16) Salazar: *Op. cit.*, fol. 3-4.

(17) La fecha hasta ahora aceptada era 1840. Pero Julio Porres ha encontrado el contrato de demolición (inédito), con obligación de empezar el trabajo en marzo de 1841 (Archivo Diocesano, fondo vacante del cardenal Iguanzo, legajo 16/1840-43).

(18) "Toledo. Sus monumentos y el arte ornamental", p. 21-23, Madrid, 1929.

Salazar de Mendoza refiere también y con detalle una visita a la cueva, no en época fabulosa, sino relativamente cercana (setenta y nueve años). O sea, con una cierta probabilidad de tradición oral válida. El año mil quinientos cuarenta y seis, la quiso reconocer el Cardenal don Juan Martínez Siliceo, y para este efecto la mandó limpiar y prevenir. Entraron por ella algunos hombres con linternas y cuerdas que iban dejando para la vuelta, y con provisión de comida, y bebida. Halláronla muy fresca, y humeda, por ser verano; y habiendo entrado por la mañana, salieron al anochecer. Declararon con juramento, que habiendo caminado como media lequa entre levante y septentrión, aunque a ellos les pareció que cuatro leguas, por el trabajo con que iban, toparon unas estatuas, a su parecer de bronce, sobre un ara, y que cayó una de ellas con ruido que los espantó. Pasando adelante toparon con un golpe de agua, que no pudieron atravesar, por no tener recado para ello, y causoles mucho miedo por la fuerza que corría. Desde allí se volvieron, penetrados del frío y de la humedad, y enfermaron, y murieron casi todos (19). El que Siliceo ordenara la visita es posible y más aún siendo un matemático, cosa rara en su oficio. La estatua que cae representa la leyenda, ya en estado semifósil.

Es interesante hacer notar el que, aunque el historiador está temporalmente cercano al hecho, ello no obsta para que lo que cuenta sea falso. Es manifiesto que si los hombres del Cardenal bajaron al subterráneo, ni el terror ni el frío les mataron. En el apartado siguiente describiremos la obra; pero, además, yo puedo añadir un testimonio personal: más bien he pasado allí un calor bastante respetable. Nos encontramos, pues, con otro mito distinto y persistente, si recordamos la infundada leyenda —que aún corre hoy— sobre la muerte prematura de los que primero exploraron otro subterráneo, la tumba de Tutankhamon.

Nuestra segunda fuente es Pedro de Rojas, Conde de Mora; también vivió algún tiempo en Toledo y pudo tener cierta información directa de lo que cuenta. Pero, como sus colegas, prefiere los libros a la realidad, y así después de afirmar que de la "cueva" *La puerta que tenía en la iglesia se cerró por justas causas*, escribe fundándose en la "Historia del Orbe",

(19) Salazar: *Op. cit.*, fol. 4.

que parece era un extenso manuscrito, hoy creo que perdido (20). *Que no ha muchos años, que yendo un muchacho despavorido, huyendo de su amo, que le quería azotar, se entró, sin reparar, por la cueva adentro, y era tanto el miedo que llevaba del temido castigo (quizá experimentado de otras veces) que no le causó espanto la cueva, ni su obscuridad, y frialdad; y anduvo tanto tiempo por ella, que vino a salir a tres leguas de la ciudad, hacia el camino de Añover; en que se muestra su grandeza y que halló en el camino otra boca de esta Cueva, por donde salir de ella.*

Dice después tener como patraña el que en ella exista un tesoro y también *Que un perro, que la vela de día, y de noche, tiene la llave de estas cuevas que a los que se llegan cerca muestra los dientes, como que los quiere tragar; y que no se ha hallado nadie tan valiente, que se haya atrevido, ni arriesgado a pelear con esta bestia; este can es quizá una aparición tardía del Cerbero, del que por cierto se apoderó Hércules —otro, en principio, que el pseudotolledano— en uno de sus trabajos. Y también que, según un autor moderno, Los años pasados un hombre plebeyo, bien necesitado, por haber perdido su hacienda, y no quedarle con que sustentar su persona, mujer, y hijos, ni tener oficio, determinó, oyendo este cuento, probar ventura, y entrar a buscar solo el tesoro. Pusolo en ejecución y anduvo muchas horas perdido por la Cueva: y llegando (a su parecer) cerca del tesoro, acertó a ver muchos huesos de muertos; y juzgando haber sido despedazados por semejante atrevimiento, se volvió, perdidas las fuerzas; y al día siguiente murió. Lo del tesoro por falso lo tenemos; y el entrar este hombre, por muy posible, con la codicia referida, juzgando habría tesoro, y remediara su necesidad. El morir en saliendo, es muy verosímil, porque la obscuridad de la Cueva, el aire tan frío, el pavor, el miedo, que le causaría la imaginación de topar con aquel perro, todo se juntaría; y él que no sería mozo, y tendría flaco sujeto, de la necesidad, y mal pasar, le causarían fácilmente la muerte (21).*

(20) Tenía catorce volúmenes y fue su autor el toledano Alfonso Téllez de Meneses. El título completo es "Historia general del Orbe, Principado de Noé, descripción de su posteridad y población del mundo". Aparece en la lista de obras que Nicolás Antonio incluye en su "Biblioteca Hispana Nova", mencionando que fue utilizado por Pedro de Rojas, tomo I, p. 49, Madrid, 1783.

(21) Rojas: Op. cit., pp. 95-97.

Y tras las desgracias, probablemente fabulosas, de este proletario, pasamos ya a los tiempos modernos.

### Parte de la realidad.

Durante el siglo XIX queda constancia —en autores al parecer relativamente objetivos— sobre dos visitas a la obra.

La primera fue en 1839 y la relata León María Carbonero (22), por haber tomado parte en ella su padre existiendo aún San Ginés, aunque con sus días contados. Levantaron una losa y descolgaron una larga escalera, encontrando primero un recinto lleno de cadáveres y que parece corresponder a la zona entre el suelo de la iglesia y la bóveda del subterráneo. Llegaron después a reconocer la clave de un arco, de grandes piedras ciclopeas, que el autor supone daba acceso a "la cueva"; pero estaba obstruida por escombros. Por todo ello, se aplazaron las investigaciones esperando autorización eclesiástica y medios de fumigación. Seguramente necesitaban aún más alguna ayuda financiera, tan difícil de obtener para empresas desinteresadas. También influyó el que presidiera la operación el entonces gobernador de Toledo, Sr. Foronda, que tuvo que cesar por los acontecimientos políticos que inmediatamente sobrevinieron; probablemente la toma de poder por Espartero en 1840.

La segunda visita fue en el año 1851, y la relata José Amador de los Ríos (23). Nos dice que fue una exploración hecha por gente entusiasta que esperaba encontrar un palacio encantado: pero sus resultados demostraron que no era ni cueva maravillosa ni cloaca, ya que solo ocupaban las bóvedas descubiertas el espacio de 40 a 50 pies de largo, por 25 a 30 de ancho, terminando en la piedra viva, que se levanta hasta el cañón de dichas bóvedas, sobre el nivel de los arranques de los tres arcos, únicos que en aquel lugar pueden haber existido. Sobre este área se levantan dos gruesos

(22) "La Cueva de Hércules en la parroquia de San Ginés de Toledo". La Cruz, revista religiosa de España y demás países católicos, dedicada a María santísima en el misterio de su Inmaculada Concepción, pp. 637-646, noviembre 1885.

(23) "La Cueva de Hércules en Toledo. Las últimas excavaciones de la misma". Semanario pintoresco español, pp. 382-383, 30 de noviembre de 1851.

y robustos muros de contención, que reciben cada cual una bóveda, las cuales recaen sobre tres arcos de sillería, que naturalmente los separan en dirección a oriente. Y afirma que la obra es evidentemente romana por comparación de su fábrica con otras de esta época.

Todo esto es bastante razonable, y las dimensiones, aunque algo mayores, son del orden de las obtenidas por nosotros; la discrepancia se explica por haberse tapiado parte, posteriormente. Pero después, de tales premisas deduce una serie de conclusiones erróneas y que en ningún modo justifica. Que la obra manifiesta que fué destinada a recibir un edificio tan fuerte y robusto como ella —supongo que la considera como una especie de infraestructura, haciendo las veces de cimentación—; que era un templo y no de Hércules, sino probablemente de Júpiter: que fue después sucesivamente sustituido por un edificio bizantino, otro árabe y, por último, por la iglesia cristiana; siendo entonces utilizada la cueva como cementerio.

Confirma esta exploración Sixto Ramón Parro (24) ...en el año 1851 varios jóvenes apasionados a las antigüedades y a la Historia emprendieron una excavación en el sitio designado y encontraron en efecto la boca o entrada, que se cree ser de la encantada caverna, la franquearon y prosiguieron su exploración con inteligente entusiasmo hasta que tropezaron con la peña viva por todas partes, y hubieron de conocer que había concluido allí su tarea: el resultado fue descubrir y limpiar un espacio de cerca de 50 pies de largo por unos 30 de ancho, en el que se alzan tres grandiosos arcos de buena piedra sillería y dos muros de lo mismo a los costados de estos, sosteniendo dos fortísimas bóvedas, todo de construcción evidentemente romana, sin que pase más adelante la fábrica ni aparezcan signos de que pudiera ir más allá. En cuanto a su origen se inclina a la hipótesis de Amador de los Ríos de que debe ser resto de un templo pagano, desechando las otras explicaciones tradicionales.

Quadrado (25) también se refiere a los escritos de Carbonero y Amador de los Ríos, sin gran respeto para el del último; cree fue la obra más bien cloaca que resto de templo.

Y aún hay dos visitantes que nos anteceden, éstos en el presente siglo (entre los que han

publicado algo, desde luego). El primero el ya aludido González Simancas, en los años veinte. Repite lo que se hizo en 1851. Pero dice que aunque entonces los investigadores llegaron hasta el extremo de dos tramos subterráneos, él fué el que encontró la entrada al fondo de la casa número 2 de la calle San Ginés, abierta en un grueso muro de mampostería. Forma un arco de medio punto y grandes dovelas por donde se pasa a un pequeño departamento, cubierto por bóveda de cañón labrada con mampuestos desiguales, lo mismo que los otros muros. En uno de estos aparece el dovelaje de la parte superior de dos arcos menores, por donde acaso existió comunicación con otro compartimiento que a su vez la tendría con los que existen en el sótano de la casa situada en la esquina del inmediato callejón de S. Ginés. Y nos da un buen dibujo de esta puerta (fig. 2).

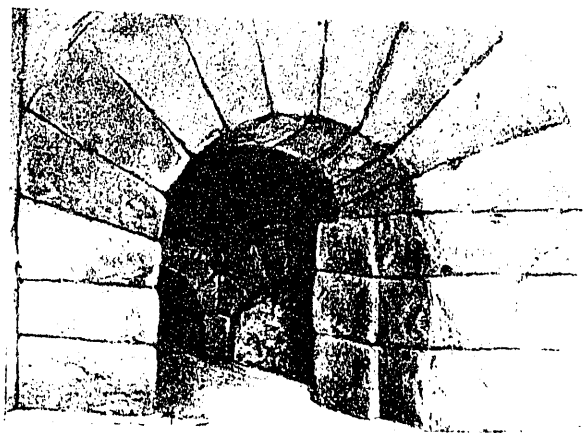


Figura 2.

Este es el primer testimonio gráfico del subterráneo que hemos encontrado.

En cuanto a la época de la obra dice: ...no aparece ninguno de los caracteres propios de las romanas antes relacionadas (el hormigón), y porque formando parte de la fábrica de mampostería del muro exterior, se observa en la parte alta del arco de ingreso, sobre la clave, una hilada de labra con encintado de ladrillos, como todas las que se encuentran en las construcciones de indubitable tipo musulmán en Toledo. Por la observación repetidas veces comprobada se ha venido a inferir que en las edificaciones de Toledo procedentes de labra hecha por musulmanes en época anterior o poco posterior a la reconquista de la ciudad se empleó

(24) "Toledo en la mano", p. 648, 1857.

(25) Op. cit.

siempre una obra de mampostería formada por hiladas de mampuestos careados y aproximadamente de la misma altura (de 25 a 30 centímetros), dispuestos entre cintas de ladrillos (26). Lo que se corresponde mal con los materiales reales, que después describiremos.

Y dejamos para el final al simpático y ligeramente excéntrico sacerdote D. Ventura F. López, que escribió en 1929 un folleto titulado "El templo de Melkart en Toledo" (26). Ya había investigado antes sobre Tartessos; con poco provecho, pues cuenta que regaló al Museo Vaticano un ex voto encontrado entre Jerez y Puerto de Santa María, dedicado a Júpiter y que consistía en un aerolito en forma de cabeza de carnero: y que ello me costó mi cátedra de Religión por cierto.

Sobre nuestra obra —que desde luego visitó— tiene opiniones bastante extrañas. Pueden resumirse diciendo que considera era un templo asirio-fenicio, el más antiguo de Europa. Y que en él existía un monolito sirviendo de reloj de sol y cuyo simbolismo era que este astro, al ponerse, duerme en otra cueva situada en Cádiz. Debe hacerse notar, sin embargo, que publica el primer plano, aunque sin escala (figura 3), que eliminando detalles fantásticos se da un cierto aire con el del estado actual que presento más adelante.

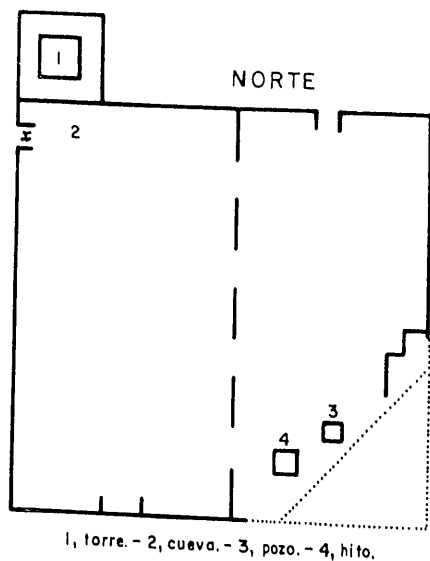


Figura 3.

(26) *Op. cit.*

(27) Edición privada de ocho páginas. Imprenta J. Torres, Toledo, 1929.

## Estado actual y conclusiones.

Lo que he podido visitar de la llamada Cueva de Hércules es el sótano de la casa número 3 del callejón de San Ginés y parte de la planta baja de la calle de San Ginés, 2.

En la figura 4 damos la planta y una serie de secciones de la obra total. La figura 5 completa lo que se refiere a la segunda casa citada. Las dimensiones son aproximadas, pues buena parte del suelo está cubierto de escombros, a veces hasta bastante altura, mezclados con distintos desechos domésticos. Como puede verse se trata de dos cámaras —una en cada casa—, separadas por tres arcos de grandes sillares graníticos hoy tapiados, aunque sólo con ripio. Cada cámara está cubierta por una bóveda de cañón.

La del callejón de San Ginés (figs. 6 y 7, fotos en dirección noroeste y sureste, respectivamente) están tapiadas con ladrillo en ambos extremos: según los dueños, ello se hizo dentro de este siglo. El muro sureste podemos suponer que lleva a una cámara parecida o continuación de la del subterráneo contiguo, desde el cual tampoco se puede alcanzar por estar cegado el arco G-G. De lo que hay —o no hay— en el otro extremo tapiado nada podemos decir, salvo el hecho curioso de que el cierre tenga dos hileras de sillares: una, horizontal al pie, y otra, vertical, que pudieran ser o no romanas (alzado B-B de la figura 4).

La otra cámara, en la calle de San Ginés, sólo está tapiada en su extremo noroeste y parece entrecerse, a través del ladrillo, que continúa; lo que es lógico, pues si no no podría explicarse el tercer arco de la contigua. En la pared opuesta está, en cambio, intacto el arco (H-H) que dibujó González Simancas, aunque por lo antedicho sobre la utilización actual del monumento, no nos ha sido posible obtener una foto relativamente aceptable (tanto es así, que la mejor es la de la figura 8). Esta puerta es el elemento arquitectónico más importante de todo el conjunto, y sirve de comunicación entre la cámara y una habitación que lleva otros tres arcos; éstos de ladrillo, que —en principio— también podrían ser romanos. Los dos de los lados (F-F y G-G) son ciegos (la figura 9 muestra el del lado noroeste) y el de enfrente (E-E de la figura 10), da paso a otras dependencias de la casa.

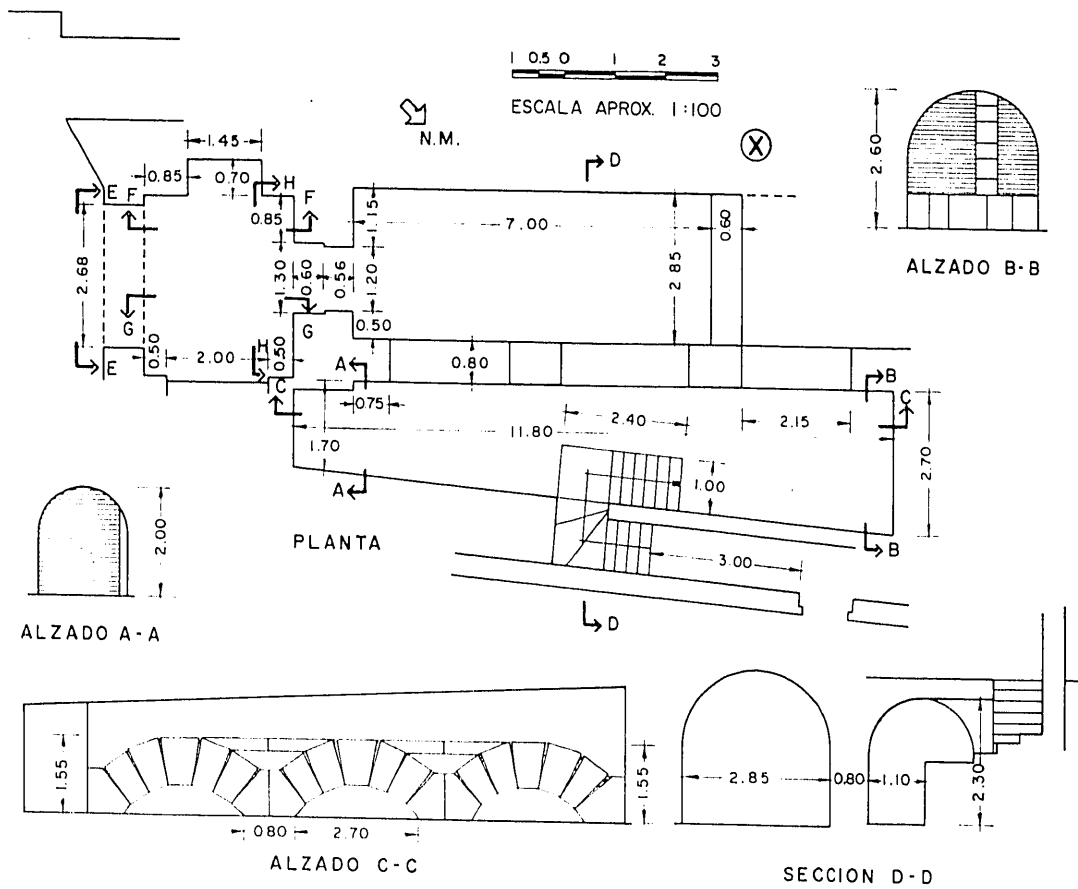


Figura 4.

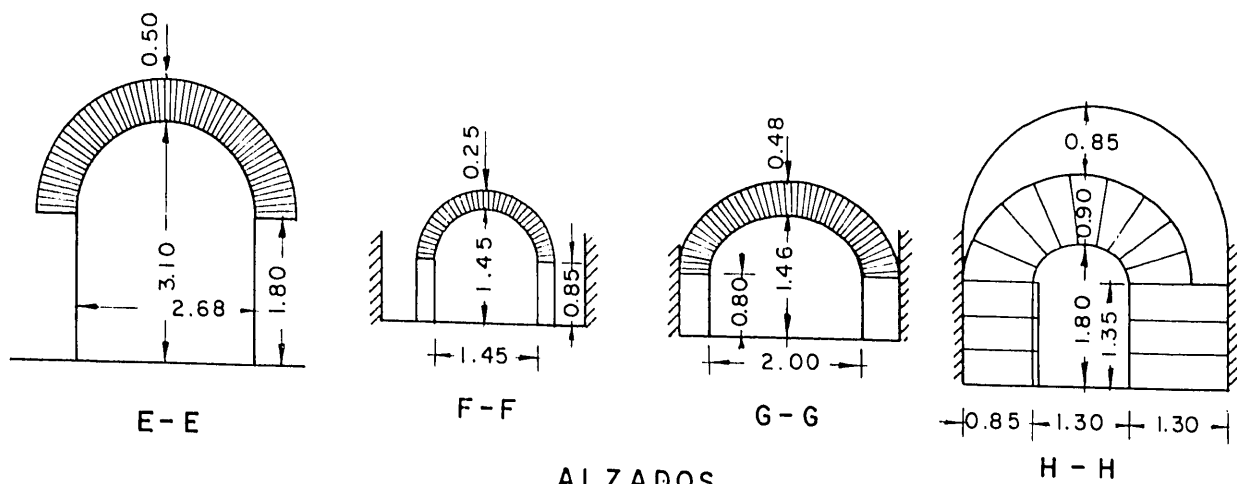


Figura 5.

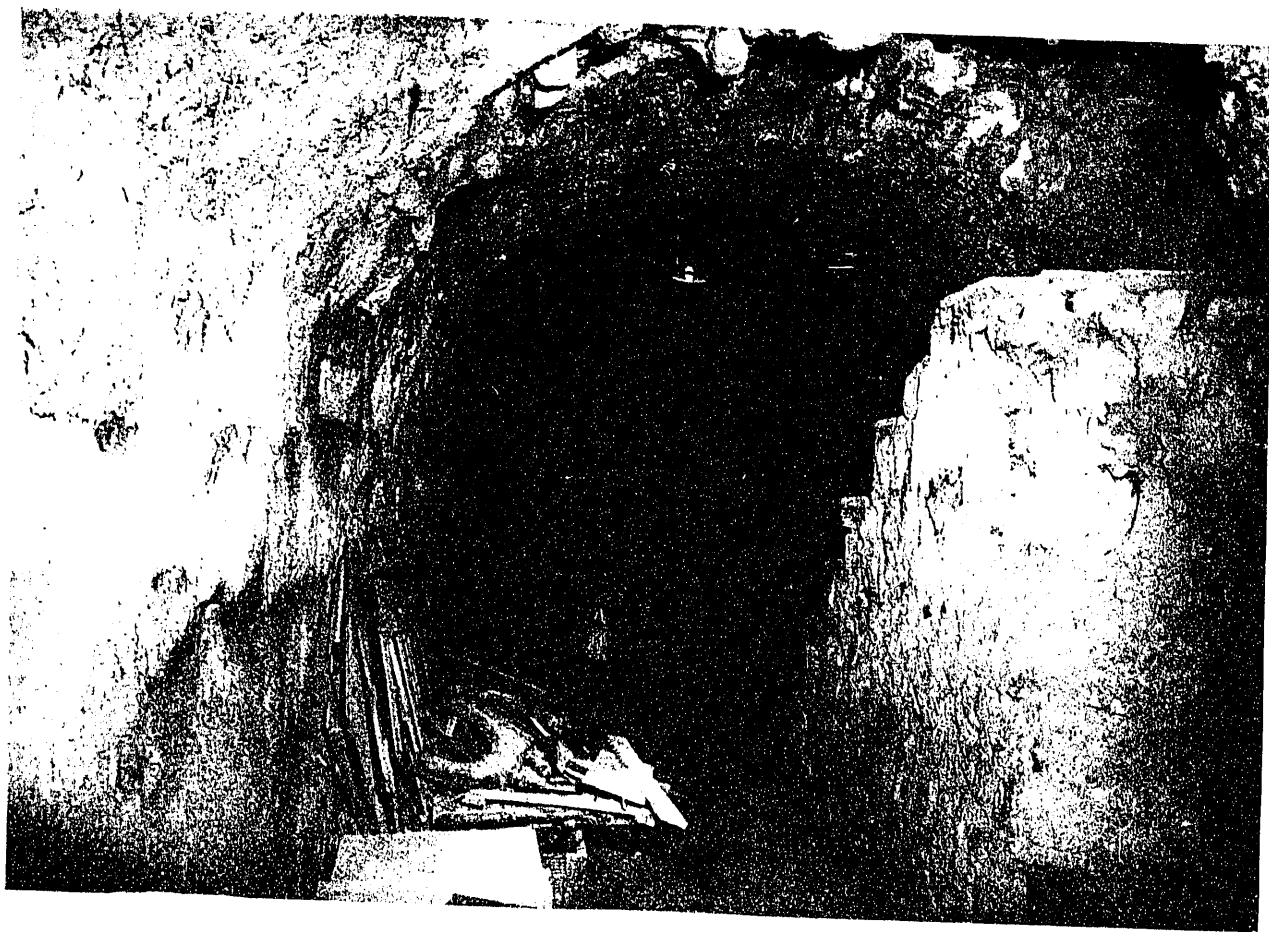


Figura 6.

Esta segunda cámara (fig. 11) completada con la antecámara, parece más importante que la primera, aunque, desde luego, ambas componen un solo conjunto. Ya hemos citado los tres arcos de sillería; también son del mismo material las zonas entre ellos hasta la altura de

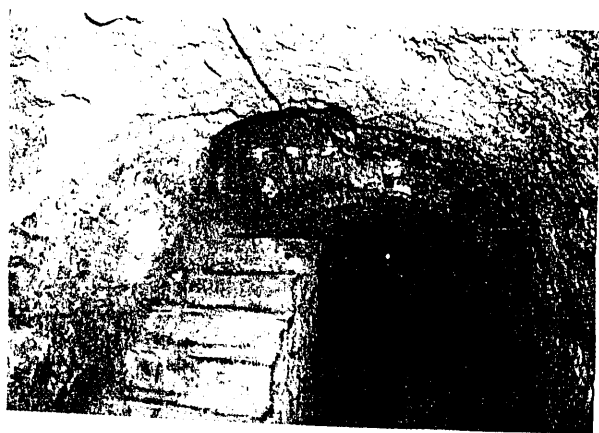


Figura 7.

la clave (figuras 12 y 13, que corresponden a la que hemos llamado primera cámara).

Fuera de las partes de sillería granítica y ladrillos, el resto, incluyendo las bóvedas, es de un hormigón tosco, cuyo contacto con los arcos puede verse en algunas de las fotos anteriores y con el ladrillo, que, a veces, forma parte de él en la figura 14 (pared noreste de la primera cámara).

Pasemos ya a la hipótesis que podemos considerar exacta. El subterráneo era el depósito terminal del abastecimiento romano de aguas de Toledo que empezaba en la presa de Alcantarilla, desde la que el agua era conducida por un canal de unos 38 Km hasta la ciudad, salvando la hoz del Tajo por medio de un acueducto de extraordinarias dimensiones (28).

El mérito de haber encontrado esta solución corresponde enteramente a Carlos Fernández

(28) Julio Porres: "El abastecimiento romano de aguas a Toledo". Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, Toledo, 1970.



Figura 8.

Casado en su libro sobre los acueductos romanos españoles, y ello sin haber podido, como yo, visitar la obra; la base de su razonamiento es que la prolongación del eje del acueducto coincide muy aproximadamente con el emplazamiento de la "cueva" (29).

Yo creo ser capaz de confirmar esto, ya que aunque la alineación no fuera recta, su solución podría seguir siendo justa, pues los romanos, al no tener que aquilatar demasiado el coste de la mano de obra, proyectaban trazados quebrados más fácilmente que hoy.

En primer lugar, vamos a estudiar la alti-

(29) "Acueductos romanos en España". Instituto Eduardo Torroja, Madrid, 1973. Las páginas de este libro no están numeradas; pero esta parte del estudio toledano lleva el nombre de "depósito terminal". Cita también a algunos de los autores antiguos que aparecen en nuestro trabajo. Entre los que no hemos utilizado, ver las notas (160) y (164) en las que Cea Bermúdez apoya la hipótesis de la cloaca.

En una conversación con el autor, me apuntó la posibilidad de que el acueducto hubiera sido un acueducto-sifón, lo que creo cambiaría nuestras ideas sobre su enorme volumen. Ello no afecta directamente a este estudio, pero sería muy importante el que Fernández Casado publicara algo sobre esto.



Figura 9.

metría. La cota de la solera del acueducto, según Alfonso Rey Pastor, era la 530 (30); la obtuvo por nivelación de los restos del canal junto a su estribo este, hoy desaparecidos por la construcción de la academia militar. Y a su llegada a la ciudad, la cota de solera del canal sería, según el mismo autor la 520, aunque esto no lo razona, dejándolo para un estudio posterior que no debió escribir (31). Pero ello concuerda perfectamente con la realidad de un abastecimiento capaz de situar agua potable en

(30) Dibujo con la reconstrucción teórica del alzado del acueducto, que se conserva en la Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, y que ha reproducido Porres, *op. cit.* en nota 28, figura 15, a tamaño un poco demasiado pequeño. En realidad la cota 530 parece coincidir con el punto más alto de los cajeros, pero esta mínima diferencia no tiene importancia en un estudio de este tipo.

(31) Alfonso Rey Pastor: "Estudio geomorfológico del Peñón toledano". Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, núms. 36-37, páginas 149-176, julio-diciembre 1928.

Figura 10.

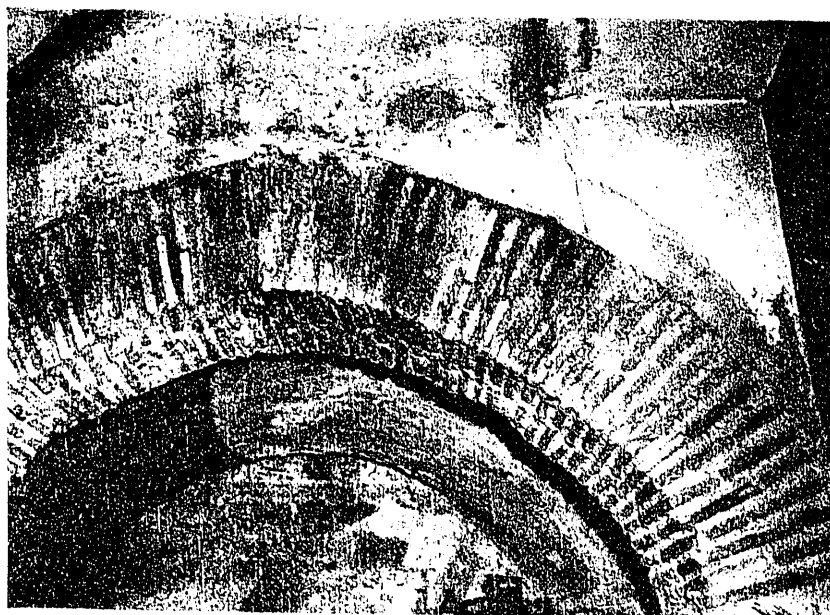


Figura 11.



casi toda la población, salvo unas pocas de las colinas más elevadas. En este trabajo incluye un plano de la ciudad y otro del "peñón toledano", o sea del estado en que se encontraría esta estructura geológica si no hubiera intervenido la mano del hombre.

Este plano de la ciudad, en el que hemos marcado el trazado rectilíneo acueducto-"cueva", aparece en la figura 15. Y en la figura 16 el perfil longitudinal del terreno siguiendo esta

traza, para el cual he preferido utilizar un plano moderno de la ciudad —procedente de la Dirección General de Carreteras—, ya que los dos de Rey Pastor tienen algunas discrepancias; aunque pequeñas y que no afectan a mi razonamiento. Es perfectamente viable y la pendiente resultante, suponiendo que la solera del canal a su entrada al depósito estuviera sólo a 4 m bajo el terreno, lo que es hipótesis moderada, resulta del 0,78 por 100, o sea, por



Figura 12.



Figura 13.



Figura 14.

encima del mínimo marcado por Vitrubio (1 : 200) (32).

Pero aún hay otros datos que apuntan a la misma solución. El emplazamiento del subterráneo está dentro de la que fue Judería Menor, pero cercano a su límite noroeste, y este barrio se llamaba Alcaná o El Alcaná. Don Jaime Oliver Asín, que fue profesor mío hace ya algunos años, considera que la etimología de este nombre es "El canal", aunque en cambio y basándose en una opinión —no sé si publicada—, de Gómez Moreno, de que la cueva de Hércules era un aljibe, considera que este canal podría haber abastecido el patio de la Mezquita Mayor. La opinión sobre el nombre, viniendo de un especialista en gramática histórica, es seguramente exacta. Pero no estoy en cambio de acuerdo

(32) Asit K. Biswas: "History of Hidrology". North Holland Publishing Company, p. 85, Amsterdam, 1970.

en lo referente a la utilización de esta estructura hidráulica, a no ser que los árabes hubieran usado el acueducto, lo que es improbable (33).

El datar una estructura de este tipo, construida con criterios fundamentalmente industriales —aunque el gran arco de entrada de la figura 2 es hermoso y también los tres que comunican las cámaras y eso que faltan seguramente los pilares enterrados, pues el piso debió estar a nivel mucho más bajo que en la actualidad— debe ser difícil incluso para un arqueólogo; lo que, desde luego, no pretendo ser. Sólo indicaré que esta fábrica es desde luego romana y que nada creemos se oponga

(33) Julio Porres: "Historia de las calles de Toledo". Instituto de Estudios Toledanos (C.S.I.C.), p. 61, Toledo, 1971. "Los barrios judíos de Toledo". Publicaciones del Centro Universitario de Toledo, p. 47, 1973.

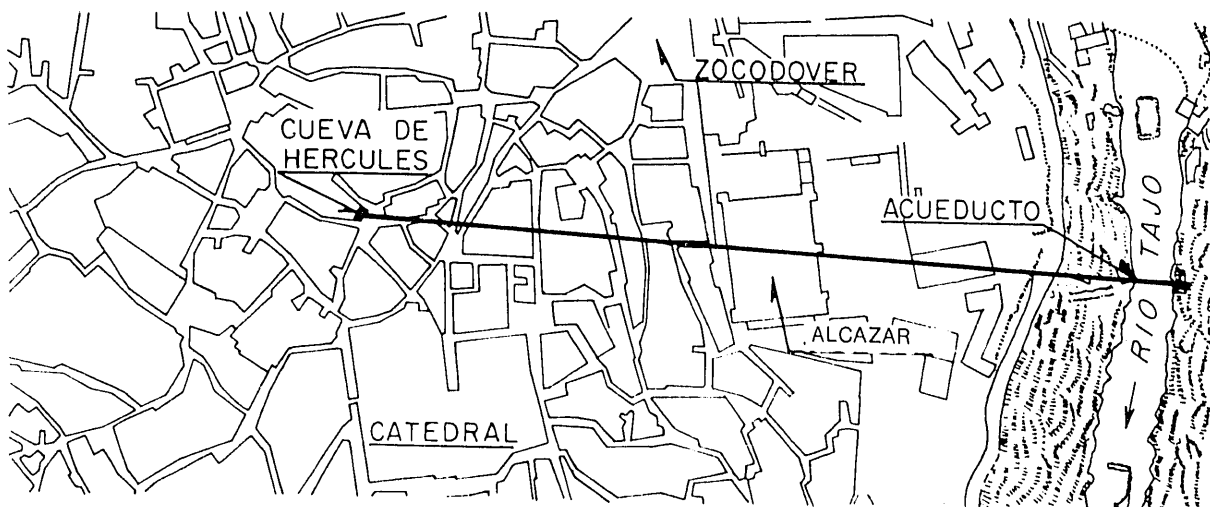


Figura 15.

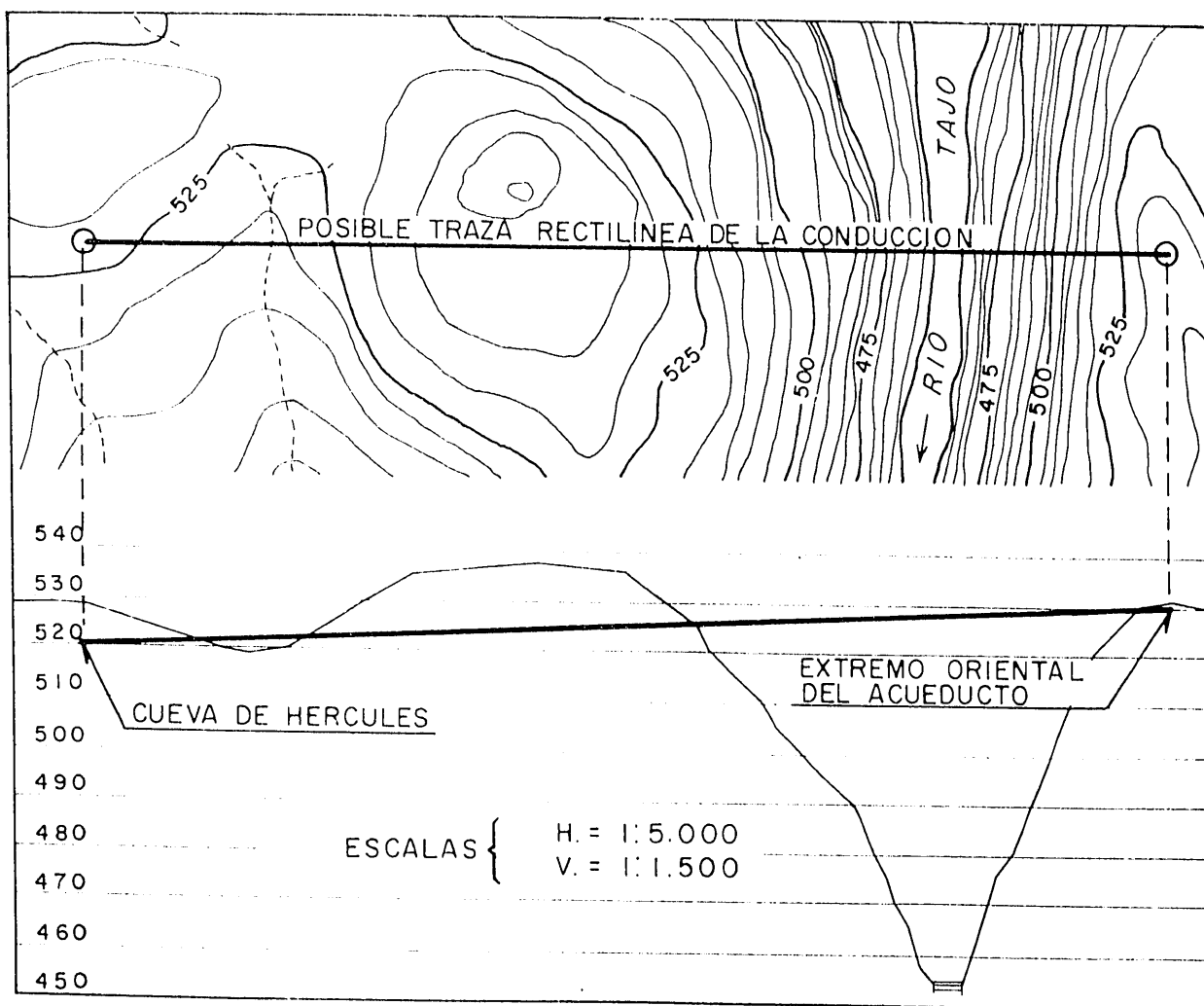


Figura 16.

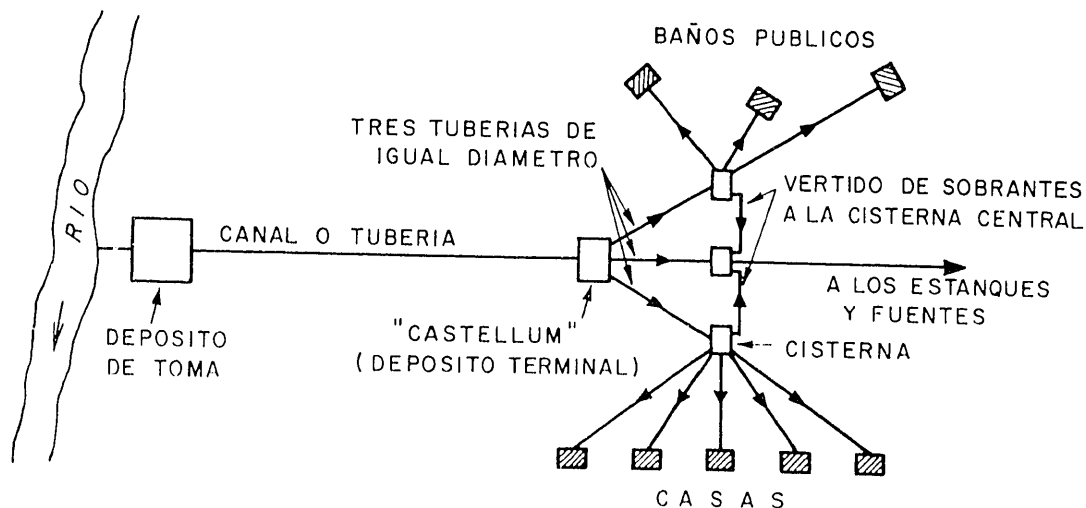


Figura 17.

a que sus variantes que quizá podrían calificarse según la parte que observemos, como *opus incertum*, *testaceum* o *mixtum* encajen en la hipótesis emitida por Fernández Casado en su libro para el resto del abastecimiento, o sea, que el total de la obra corresponde al siglo II, bajo el mando de Trajano o Adriano.

Como datos complementarios, por si pudieran servir a algún especialista, diré que los ladrillos de la antecámara (cuya época no me atrevo a fijar) tienen, en su mayor parte, dimensiones aproximadas de  $29 \times 18 \times 3,5$  cm. La primera cifra parece corresponder al pie romano, aunque en cambio las otras no se ajustan a los modelos utilizados en Italia; pero, por otra parte, tales normas sólo son parcialmente aplicables a las provincias del Imperio. El grueso de junta de mortero entre ellos varía entre 1 y 4 cm en los arcos. En cambio, entre las dovelas de sillaría, el mortero tiene un grueso menor, de 3 a 20 mm. En el hormigón de las paredes y bóvedas no se advierten restos de ningún revestimiento.

Es interesante también especular sobre qué parte de la estructura total es la que he podido ver. Ya he indicado que considero seguro que tras del muro de ladrillo de la segunda cámara ésta sigue. Es más difícil llegar a una conclusión sobre la experiencia del amigo D. Antonio Díaz Sastre, que, hacia 1940, descendió verticalmente en un punto cuya ubicación aproximada hemos marcado (X) en la figura 4, y me dice recorrió varias galerías parecidas; pero faltán-

dole buenas condiciones para observar, en lo referente a iluminación y escasez de longitud de cuerda para no perderse. Es quizá posible, aunque no probable, que existan otra serie de recintos abovedados conectados con los que yo he descrito. Pero también es fácil que se trate de subterráneos construidos en fecha muy posterior; como es corriente en la mayoría de las viejas ciudades europeas simplemente como bodegas o cuartos trasteros. Yo sólo he podido ver una contigua y con la misma dirección aproximada en la casa número 4 de la calle de San Ginés, que me ha mostrado amablemente su propietario, D. Lorenzo Martínez Jiménez. Es de menor ancho y el revoco me impide saber cuál era la fábrica original.

Por cierto, que en esta casa han puesto hace poco un bar que se llama "Las Cuevas de Hércules"; quizá el mito inicia un nuevo ciclo.

¿Cómo era este depósito terminal cuando funcionó?

El esquema general de un abastecimiento de agua romano fue definido por Vitrubio y se ha reproducido muchas veces. Aparece gráficamente en la figura 17 (34). Nuestra obra es, por tanto, un "castellum" desde el que se efectuaba la bien ordenada distribución, fundada en las distintas necesidades de la ciudad. Una primera deducción lógica es que las galerías que recorrieron, entre otros, los hombres del Cardenal

(34) Procede de Asit K. Biswas, *Op. cit.*, misma página.

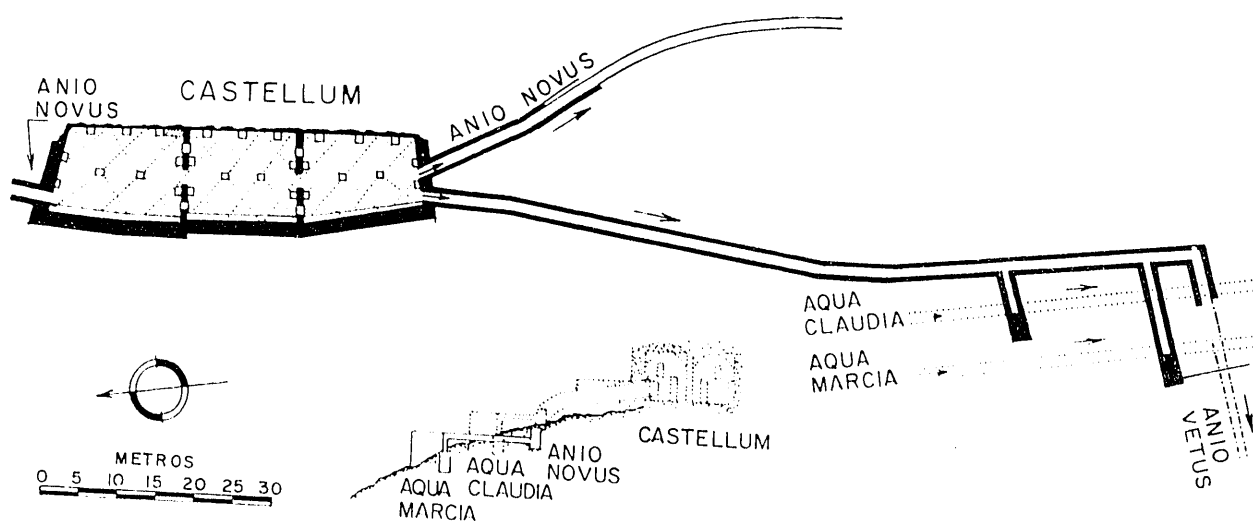


Figura 18.

Siliceo, nunca existieron; la mente clara y práctica de los ingenieros romanos proyectaba la red de distribución con tuberías de material cerámico, de madera o metal, éste generalmente plomo. Vitrubio prefería las primeras por ser más fáciles de reparar y no afectar a la calidad del agua. En una ciudad relativamente importante como Toledo el proyecto pudo incluir la mayor parte de las posibilidades de su tecnología; o sea, de los usos indicados en la última figura citada.

El conocimiento total de este monumento no podría resolverse más que haciendo excavaciones. Indiquemos, al menos, lo que consideramos es más probable.

Algunos de los "castellum" se han conservado. Por ejemplo, el de la conducción romana Anio Novus, que hoy se denomina Grotte Sconce. No corresponde al modelo estándar antes citado, pero su función, que era el poder suministrar agua a tres acueductos situados a nivel inferior —Aqua Claudia, Aqua Marcia y Anio Vetus—, es ingenierilmente equivalente. La figura 19 muestra un cuadro del Museo de Munich, con una reconstrucción ideal de su cruce con otros acueductos (34). Y con detalle pueden verse las características del "castellum" en la figura 18 (35). El túnel de entrada tenía 1,27 m de ancho, y el depósito está compuesto

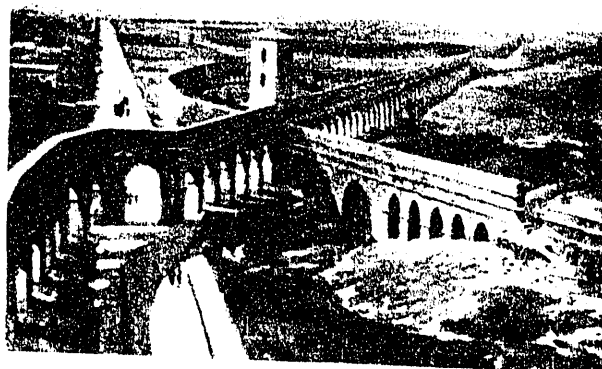


Figura 19.

de tres cámaras interconectadas por aperturas, en el centro de cada una de las cuales hay dos pilares que soportan las bóvedas de cubierta. Uno de los lados lleva contrafuertes, que en Toledo no aparecen.

Otras aperturas quizá sirvieron de guía para compuertas.

Podríamos dar otra serie de ejemplos, pero viendo el descuidado estado actual de nuestra obra, no creo que fueran demasiado útiles. Sin embargo, y por si alguien gusta de continuar esta investigación citaremos varios esquemas de la obra clásica de R. Cagnat y V. Chapot (36),

(35) Thomas Ashby: "The Aqueducts of Ancient Rome". Clarendon Press., pp. 277-280, Oxford, 1935.

(36) "Manuel d'Archeologie romaine", Auguste Picard Editeur, tomo I, pp. 85-90 y 98-102, París, 1916.

incluso con sistemas de decantación de los que no queda huella, al menos en la parte hoy visible del subterráneo toledano, pero que probablemente existieron. Fernández Casado, en su libro varias veces citado, enumera los desarenadores, mal conservados, de los abastecimientos de Segovia y Mérida; en este último, en las conducciones de Cornalvo y Rabo de Buey: sin excluir la posibilidad de que en otros depósitos terminales de los que quedan restos hubiera también este dispositivo:

La hipótesis sobre la función de la obra parece completamente comprobada. Si se quisiera saber más e incluso poder estudiar y también mostrar al público un tipo de estructura hidráulica romana poco corriente, bastaría hacer excavaciones, de coste muy moderado y que no tendrían porqué afectar a los legítimos intereses de los propietarios de las casas en que los restos de la obra se encuentran; ello sin más que proyectar una entrada independiente e indemnizar por superficies de poca entidad.

No sé si esto se hará. En España la historia de la tecnología ha interesado poquísimo; pero quizá las cosas van cambiando: y especialmente en Toledo.

En este modesto estudio toledano —como en otro, este proyecto constructivo verdaderamente importante y que no sé si se llevará a cabo— reconozco, en primer lugar, la importancia de mi deuda con el erudito investigador y gran amigo Julio Porres.

Agradezco también el haberme permitido visitar sus casas, que abrigan la misteriosa "cueva" a D. Fernando y D. Pablo Blanco Santos y a D.<sup>a</sup> Tomasa Vela.

En establecer el plano del estado actual, el que más ha trabajado ha sido Agustín Gámir. Pero también Pilar Porres, Francisco Viguera, Eduardo Maury y Joaquín Martín Robles colaboraron en la exploración y en las medidas; a diferencia de los hombres del Cardenal Siliceo, creo que pasaron allí unos ratos relativamente entretenidos.